

Mariano Navarro
Armando Montesinos
Alicia Murría

A group of people, mostly men, are shown from the back, wearing brown coats and trousers. They are hugging each other in a line, creating a sense of unity and support. The background is plain white.

**Juan
Genovés**
**Ciudadano
y
pintor**

T



EL CUARTO
DE LAS
MARAVILLAS

**Juan
Genovés**
Ciudadano
y
pintor

Mariano Navarro
Armando Montesinos
Alicia Murría



Título:

Juan Genovés. Ciudadano y pintor

© Mariano Navarro, Armando Montesinos y Alicia Murría, 2021

De esta edición:

© Turner Publicaciones SL, 2021

Diego de León, 30

28006 Madrid

www.turnerlibros.com

Primera edición: junio de 2021

Ilustración de cubierta:

Juan Genovés, *El abrazo*, 1976 © Museo Nacional Centro de Arte

Reina Sofía, Madrid © Juan Genovés. VEGAP, Madrid, 2021

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

ISBN: 978-84-18428-49-4

eISBN: 978-84-18428-93-7

DL: M-9594-2021

Impreso en España

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com

ÍNDICE

Nota introductoria

Presentación

I Los Genovés

II Harto de Sorolla

III Un artista del hambre

IV ¡Que la pintura palpite!

V Pintores de vísperas de ejecuciones

VI El espacio del miedo

VII Una prueba de violencia

VIII Pontonero de la izquierda

IX Un trabajador de las artes

X La prosa de las ciudades

XI Una mirada cósmica. Un pintor del espacio

NOTA INTRODUCTORIA

Este libro se publica tal como fue concebido y redactado por los autores: con Juan Genovés vivo, participante, lector del manuscrito y declarando a su redactor principal que se reconocía en cada una de sus páginas.

Es, en ese sentido del término, una biografía autorizada.

Juan Genovés puso a disposición de los autores su archivo de prensa, el catálogo de su obra y cualquier otro material que desearan consultar. Las entrevistas con el artista, así como con un considerable número de personas de su entorno, incluidos los miembros de su familia, tuvieron lugar entre diciembre de 2015 y mediados de 2017. La redacción final fue completada en diciembre de 2018.

Es decisión de los autores no modificar el texto original aceptado por Juan Genovés y, fundamentalmente, mantener la última frase: “Juan Genovés vive y trabaja en Madrid”. Esa fue la consigna con la que los críticos y periodistas extranjeros subrayaban su singular y valiente resistencia en España durante los largos años de la dictadura franquista.

Juan Genovés falleció en Madrid la madrugada del 15 de mayo de 2020.

PRESENTACIÓN

La relevancia de Juan Genovés en nuestro país se extiende capilarmente por zonas tan diversas como el arte, la pintura, la militancia política, el asociacionismo o la gestión cultural. Las imágenes de sus cuadros pueblan innumerables portadas de libros, periódicos y revistas, e incluso son imitadas hasta el borde del plagio por la publicidad; una de ellas, *El abrazo*, pertenece al imaginario colectivo de varias generaciones.

Desde el aldabonazo de su exposición de 1965, en las salas de la Biblioteca Nacional, cuya dureza de fondo y forma molestó profundamente a los gerifaltes franquistas, y de su lanzamiento internacional tras su participación en la XXXIII Bienal de Venecia de 1966, hasta su actual éxito en el mercado global del arte han pasado más de cincuenta años de incansable dedicación a su *trabajo* –la palabra merece ser subrayada, pues Genovés es un obrero de su oficio– como pintor.

Cincuenta años son muchos en la historia de un país como el nuestro, herido por la Guerra Civil, que el artista vivió siendo niño. Son los años en los que, primero como activísimo compañero de viaje y luego como militante del Partido Comunista, lucha contra la dictadura y vive los peligros de la Transición desde los movimientos vecinales y desde la Asociación de Artistas, que ayudó a fundar. Son los años de un país que empieza a crecer en libertad y democracia, y la responsabilidad que ellas conllevan; Genovés la asume con su intensa dedicación al proyecto de renovación cultural –comparable al de la Residencia de Estudiantes con respecto a la Generación del 27– que significó el Círculo de Bellas Artes de Madrid en los años ochenta. Su continuado compromiso continuará, como cofundador de VEGAP en los noventa, en la defensa de los derechos de propiedad intelectual de los artistas plásticos.

Para los autores de este libro, que alcanzamos la mayoría de edad en los estertores del dictador, Juan Genovés ha sido una presencia constante, como quedó patente cuando nos reunimos para decidir si escribíamos el libro y fuimos compartiendo experiencias y recuerdos personales ligados a su obra, que incluyen el reparto por las calles del cartel de *El abrazo* –como hizo Alicia Murría, quien militaba entonces en las Juventudes Comunistas y más tarde en el Partido Comunista– cuando era propaganda ilegal, la escritura de críticas o textos de catálogo sobre sus exposiciones, una vieja fotografía en blanco y negro de mediados de los setenta delante de uno de sus murales en el barrio de Portugalete o el recuerdo de la impresión de ver el primer Genovés en una colección de cromos, que, como descubrimos luego, el artista conserva en su archivo.

La visita en 2015 a su exposición en La Coruña –una retrospectiva realizada con los cuadros de su colección personal– nos permitió repasar esas experiencias y sensaciones desde la emoción, pero también desde el criterio y la experiencia profesional de cada uno, que abarca más de cuarenta años de dedicación al mundo de la cultura a través de la crítica de arte en prensa y televisión, la dirección de proyectos en galerías y en el mundo editorial literario y artístico, la docencia y el comisariado de exposiciones. La importancia de su obra, por encima de los lógicos altibajos de una carrera tan larga y fecunda, quedaba allí de manifiesto; también se hacían evidentes sus profundas convicciones democráticas y su conciencia de ciudadanía en los vídeos en los que se hablaba de su vida.

Aceptamos el encargo para descubrir qué libro era posible escribir. Y si era posible escribirlo a seis manos, tratando de evitar un género concreto, definido. Nos embarcamos en un ejercicio de investigación, en la escritura de un ensayo –en su sentido de prueba– fruto de tres mentes en comunicación permanente, rizomática, donde se mezclaban materiales de archivo, entrevistas, conversaciones, sugerencias y sensaciones; muchas de ellas puramente visuales. El redactor principal –escribirlo a seis manos pronto se reveló improductivo– ha trabajado como un montador

de cine. Ello ha permitido, por ejemplo, reunir a distintas personas en conversaciones, montadas cinematográficamente, que no se produjeron tal cual aparecen redactadas, aunque todo lo escrito fue dicho.

El resultado es consecuencia de un trabajo de “taller” en el que cada uno de los autores ha cumplido una labor necesaria. Es un homenaje a un deseo expreso de siempre por el artista: haber trabajado a la manera de los talleres renacentistas, rodeado de colegas empeñados en un objetivo común, en el que además de pintar se debatiera y discutiese sobre el arte y la vida. Ha sido, eso sí, un taller en el que a menudo, escuchando a Juan Genovés, nos hemos sentido alumnos aplicados que, tras oír al maestro, saben más de la vida y del arte que antes de escucharle.

Este libro debe su existencia a muchas personas. A las que escribieron sobre el artista a lo largo de los años, muchos de ellos aquí citados, y a aquellas que han compartido sus recuerdos e ideas con nosotros en numerosas entrevistas. A todos ellos, gracias. Nuestro especial reconocimiento a Eduardo Arenillas, que contribuyó generosamente con sus vivencias y con valiosos materiales de la Asociación de Artistas; a Pierre Levai, por encontrar tiempo para conversar con nosotros; a Eduard Genovés, por su franqueza, modestia y simpatía, y a Leonardo Villela, que nos facilitó con afectuosa eficacia el uso de los materiales del archivo del artista. Y nuestro agradecimiento, por su permanente disponibilidad, a Ana, Silvia y Pablo Genovés –de quien surgió la propuesta de escribir este libro– y, muy especialmente, a Adela Parrondo, cuya presencia ética permea a toda la familia y al protagonista de este libro: Juan Genovés, ciudadano y pintor.

Mariano Navarro
Armando Montesinos
Alicia Murría

I LOS GENOVÉS

“Guardo una impresión de mucho humo, y cosas blancas, que serían las enfermeras, y mucho jaleo. Mucho humo blanco, y no sé si túnicas. Tenía solo cuatro años. Recuerdo que íbamos a una fiesta o algo así. Luego mi hermano me lo aclaró, no íbamos a ninguna fiesta. Íbamos a la estación. Íbamos a ser niños de la guerra”.¹

El hermano pequeño de Juan Genovés, Eduard, apenas conserva recuerdos de aquellos momentos angustiosos. Poco más definidos son los de Juan: “Gracias a mi madre. Mi padre la convenció de que el futuro estaba en la Unión Soviética. Mi padre lo creía de verdad. Mi padre era socialista, pero creía de verdad que el futuro estaba en la Unión Soviética. Y dijo: ‘allí se harán hombres’. [...] Y estuvimos en el tren. Y, en el último momento, cuando ya iba a salir, mi madre subió [al vagón], nos cogió a los dos, nos bajó no sé cómo y dijo: ‘Lo que tenga que ser, que sea de todos’”.²

“¡Lo que nos pase que nos pase a todos juntos!”, corrige Eduard, “y nos quedamos”.

“Fíjate”, concluye Juan, con humor, “yo podía haber sido Genovisti, arquitecto o aeronáutico”.³

El miedo durante la Guerra Civil y la interminable dictadura marcó, según confesión propia, la vida y la obra de Juan Genovés. La solidaridad, un inquebrantable nudo familiar y un admirable sentido de la dignidad y del derecho a la libertad distinguieron, y distinguen, a quienes conformaron las familias de los Genovés Candel y conforman hoy la de los Genovés Parrondo.

De la primera conservamos únicamente los recuerdos personales de Juan y Eduard y algunas notas de familiares próximos, como su primo el escritor Paco Candel. De la segunda, el testimonio vivo de sus integrantes: Adela Parrondo y, lógicamente, Juan y sus tres hijos, Pablo, Silvia y Ana; aunados los cinco por varios denominadores comunes: su dedicación al arte, su independencia

personal, lo cosmopolita de su espacio vital –Pablo conjuga estancias en España y Berlín; Silvia desarrolla su carrera desde su residencia en Barcelona, y Ana vive y trabaja desde hace años en Londres– y una conciencia política que, proveniente del padre de Juan, han heredado él mismo y quienes le rodean.

Pablo Genovés tiene actualmente cincuenta y ocho años y es el más conocido como artista de los tres hermanos. Con una larga trayectoria, primero como fotógrafo profesional y, desde finales de los años ochenta, como artista que se sirve principalmente del soporte fotográfico, mantiene un diálogo constante con la pintura. En su obra de los últimos años superpone dos o más imágenes de distinta procedencia y naturaleza, extraídas todas de viejas postales y fotografías en blanco y negro y, excepcionalmente, algo coloreadas. Lo que construye en cada imagen es una metáfora de la destrucción de la cultura, de sus signos y señas de poder e identidad.

Un juicio este del quebrantamiento, o la destrucción de la cultura, bien desde el ejercicio político, bien desde el desentendimiento social, que forma parte del ideario perpetuo de Juan Genovés.

Dos años menor que Pablo, Silvia es la más ecléctica en sus actividades artísticas, pues conjuga el teatro con la *performance*, la plástica, el vídeo, la joyería –un arte que, como veremos más adelante, practicó su padre– y la producción televisiva. Junto a su marido, Ramón Colomina –conocido como Tornasol en sus colaboraciones en la revista *El Víbora*–, su hija Lu Colomina, Paloma Unzueta y el hijo de esta, Nahuí Domínguez, integran el grupo teatral El Gusano Impasible.

Ana, la hermana más pequeña, nacida en 1969, es actualmente una reconocida escultora, aunque practica también la pintura y la fotografía, que ha desarrollado toda su carrera en Gran Bretaña. Licenciada en el Chelsea College of Art and Design y con un posgrado en la Slade School, en 2015 fue finalista del prestigioso premio de arte Max Mara para mujeres.

Reunidos en casa de Juan Genovés, conversamos con Adela Parrondo, Pablo, Silvia y Ana. “Mi familia no era nada artística”,

comienza Adela. “Mis padres eran comerciantes, y lo del arte era más bien una rareza. Mi padre tenía negocios y quería gente para los negocios. Yo era hija única. En realidad, no tuve una infancia feliz. Fui bastante infeliz. Me influyeron en que me gustara el arte las profesoras del colegio. Muy buenas en dibujo, en filosofía, en arte... Yo, aunque me he dedicado a ella, lanzo un piropo a la enseñanza, porque mis profesoras hicieron mucho por mí. Decían: ‘Pues no se te da mal dibujar, podrías hacer Filosofía y Letras o arte’. Me decidí por la Escuela de Bellas Artes, animada por ellas. Me concedieron una beca y me matriculé en una escuela. La gente se preparaba allí, en un taller; no fui a Bellas Artes hasta después. Para mis padres, una rareza; me dejaban hacer lo que quería y confiaban en mí porque había sido muy estudiosa y había tenido muy buenas notas en bachillerato. Eran personas sin ninguna preparación intelectual, pero eran inteligentes”.

“Te dejaron hacer”, apostilla su hija Ana, “porque eras chica, que si hubieses sido hombre...”.

“Yo tenía facultades para el arte”, prosigue Adela, “pero no tenía el carácter necesario; esa fuerza de voluntad, esa decisión, ese sacrificarlo todo por una idea del trabajo. Mi afición al arte era muy fuerte: fue, y es, una de las cosas importantes de mi vida, pero no tenía esa vocación profesional. Hubiera podido seguir, y si te encuentras con una persona tan poderosa como Juan, con esa vocación, que tú entiendes y compartes, pues te metes en ello. Él, sin embargo, lo tenía muy claro”.

“Un artista es el espacio que tienes para ser artista”, explica Ana. “La vida no te da ese espacio; la vida la tiene que llevar otro, la mujer o... esa es la lucha continua que tenemos mis hermanos y yo. La vida te quita de tu espacio mental, que es una burbuja en la que te tienes que meter. Siempre tiene que haber otro que te ordene la vida, que se ocupe de la logística, de que haya comida, de que no tengas que ocuparte de esas cosas, porque esa es la manera en que puedes crear bien, y eso es muy difícil, esa es la batalla de todo artista. Juan tiene suerte, porque encontró a Adela, y Adela hizo eso. Son como un ying y un yang, al que no se le llama ying y yang, sino solo yang: Juan. Se llama a uno solo.

Sobre todo, es esa ayuda; ella se la da y a nosotros también”.

“Mi vida con Juan tiene sus etapas”, afirma Adela. “Una primera de amor, sexo y entrega total por mi parte; luego, enseguida, llegaron los hijos, un poco por influencia de mis padres, que esperaban una hija reproductora. Los tuve porque quise, no me habrían podido obligar; siempre me han gustado los hijos, y a Juan también, pero estaba condicionada. Con la dedicación a ellos, Juan ya vivía un poco a su aire. Hacía viajes solo, exposiciones fuera; a veces estaba todo un mes fuera, y tuvimos una época de separación física por el trabajo.

”Hemos atravesado también situaciones económicas terribles, porque lo de la pintura es una aventura. Tan pronto se vendía toda una exposición como solo uno o dos cuadros, y luego nada, un año o dos sin vender. Cuando los hijos eran ya un poco mayorcitos, me planteé hacer una oposición para enseñanza. Regresábamos de Londres y en el barco viajaba también una amiga, con la que había estudiado Bellas Artes, y sus hermanas, que la intentaban convencer de que hiciera oposiciones porque había plazas de dibujo. Yo lo oí y me animé. Al volver, nos organizamos: cogimos a una chica para ayudar en la casa, yo hice las oposiciones a Instituto de Enseñanza Media, las saqué y estuve trece años trabajando. Cuando todos los meses me llegaba el sueldo, nos quedábamos admirados; eran sueldos bajos, pero era una maravilla. Yo trabajaba mucho y estábamos distanciados porque estaba volcada del todo en la enseñanza, que me gustaba muchísimo. Empecé en el instituto de Villacañas, en la provincia de Toledo, y pasaba días sin estar en casa. A Juan no le interesaba mi trabajo, incluso yo le daba la tabarra con mis problemas. Pedí traslado a un instituto más cercano, en Madrid, por el paseo de Extremadura, un barrio muy popular, con chavales de clase humilde. El último trabajo fue en el instituto de Pozuelo de Alarcón, de clase media. Fui pasando de clase social... En el instituto estábamos divididos los de derechas y los de izquierdas, con CCOO, que ayudaban mucho, porque si querías protestar por algo lo hacían los de Comisiones. Te haces amiga de los tres o cuatro de izquierdas, y los demás, enemigos, aunque convivíamos.

Al final estaba quemadísima, volvía rendida, me lo tomaba muy en serio; son muchos alumnos y corregir en casa es muy complicado. Estaba harta”.

Adela cambia de tercio: “Hubo otra época, en la que nos unió mucho la política, la lucha contra la dictadura. Juan venía hecho políticamente de su familia, de tradición socialista. Yo no, mi familia nada”. Y continúa: “No trabajé nunca directamente en el Partido Comunista. Fui al Club de Amigos de la UNESCO, en Tirso de Molina. Tuve mucha actividad. Llevaba la biblioteca, daba charlas y defendíamos los derechos humanos. Repartíamos prospectos en la calle; eran nuestro catecismo. Me detuvieron por repartir, pero me soltaron enseguida. Me detuvieron en un sitio en la calle Arenal, adonde iban los profesores a realizar alguna gestión burocrática. Y allí los repartíamos, y en los tranvías y autobuses, y en el metro. Como me dijo un amigo: ‘Vais como catequistas de Acción Católica’. Lo debía hacer, por lo visto, con mucha formalidad. Juan trabajaba a otros niveles”.

Pablo toma la palabra: “Tengo una anécdota que nos pasaba a Silvia y a mí; a Ana, menos. En casa el teléfono estaba sonando siempre, y mis padres nos decían que teníamos que contestar: ‘No, no, mis padres están de viaje’. Siempre nos repetían: ‘Decid que estamos de viaje y que no sabéis cuándo volveremos’, lo hicimos así años y años”.

“Recuerdo las reuniones, las fiestas del partido, el dogmatismo”, evoca Ana. “No había nadie, yo era la más pequeña, estaba sola. Tenía unos ocho años, Adela se iba a trabajar y Juan, en el estudio, y yo sola en casa; y mis hermanos ya mayores: Pablo, con dieciocho, y Silvia, con dieciséis, iban por su cuenta... Estaba sola. Recuerdo la utopía y el dogmatismo del comunismo. La pared de la cocina, llena de eslóganes escritos a mano; cuando se te ocurría un eslogan, lo apuntabas. O, por ejemplo, nos decían: ‘aprende la palabra *solidaridad*’. Todo era así. Para mí fueron los años de la explosión de una ilusión. Se podían decir cosas. Eso sí, no podía decir en el colegio que era comunista. Una euforia que, si lo piensas, es otro tipo de dogma. Porque había también cosas que no podías hacer o que tenías que hacer de una manera; es otra

forma de marcar límites”.

“Yo he perdido esa fe en la política”, afirma Adela. “Me he vuelto muy escéptica. Sigo sosteniendo los principios de los derechos humanos, sigo creyendo en la lucha de clases, pero soy escéptica”.

“En nuestra familia siempre late esa idea de la utopía”, explica Ana. “Aunque ya no seamos comunistas, no sabemos qué somos... Veo que se mantiene esa ilusión de que hay otra manera de hacer, otro sitio que levantar, y eso está siempre subyacente a todos nosotros. No sabes muy bien cómo llegar a esa manera, parece un poco lejana, y acabas no haciendo nada porque ¿qué haces en el día a día? No soy activista, pero tengo esa preocupación política, ese acoger la utopía; incluso aunque no quiera, lo noto. Pero, como Adela, yo también estoy un poco desilusionada, incluso con el arte. ¿Qué significa el arte para la sociedad? ¿Qué función cumple? Me preocupa que parezca que el arte pone aceite en el engranaje capitalista. Soy escéptica ante los partidos organizados, aunque no quisiera serlo; quisiera tener una dirección por la que luchar, pero no la encuentro ni en el arte ni en mis ideas políticas. Estoy en un momento difícil, como todos, creo. La democracia se ha convertido en algo que no se reconoce, y estamos todos como preguntándonos ¿qué hacemos?”.

Silvia coincide con su hermana: “Tiene razón Ana, es así. Tenemos en nuestra mente el chip ‘utopía’, quizá por eso somos tan críticos; siempre podemos imaginar un mundo más justo y mejor”.

“Juan, por un lado, tiene una gran seguridad en sí mismo, aplastante, pero, inconscientemente, tiene una sensación de que ese mundo...”. Pablo no concluye la frase, pero continúa: “Se ve con la responsabilidad de cumplir su utopía. Ha sido muy utópico. Recuerdo, por ejemplo, que éramos una familia muy democrática en la que se votaba todo. Cuando yo era pequeño, teníamos una prima que nos ayudaba en casa, pero las cosas de la casa las hacíamos por turnos, votábamos a ver quién va a hacer esto... Todo era democracia, desde los cinco años. ‘Estos niños tienen que aprender democracia’, repetía Juan. Esa utopía de la democracia, de creer en un ser humano diferente, que mis padres

tenían como ideal, era lo que les movía en la vida. Casi puedo decir que mi madre estaba más desaparecida que mi padre. Empezó a militar en el Club de Amigos de la UNESCO y se iba allí todas las tardes. Yo venía del cole y mi madre nunca estaba en casa. Esa fue una época dorada: había dinero, mi padre estaba siempre trabajando, siempre con la idea de ‘voy a poner mi arte al servicio de esa utopía’”.

“La triste realidad es que el artista, si quiere sobrevivir, tiene que aceptar la monarquía, la Iglesia y el capital, porque ¿de qué sobrevive, si los pobres no pueden pagar lo que vale el arte? Ahí está el conflicto del artista, lo más que puede conseguir es hacer algo que les ponga en cuestión”, concluye Adela.

“Toda la familia hemos sido muy peculiares”, tercia Pablo, que regresa a sus recuerdos: “Siempre me he sentido muy raro: vestía diferente, hacía cosas diferentes, mis amigos en el cole eran todos de derechas y yo no encajaba ahí. La sensación de ser extraño la he tenido siempre. La Aravaca de los años sesenta no tenía nada que ver con la de ahora; era todo campo, no había vallas. La pusieron de moda los artistas: Mompó se vino a vivir aquí, Molezún, José Luis Sánchez... Hasta los diecisiete años no viví en Madrid. Antes, nos fuimos más de un año a Londres. La gente venía a casa y era como ir a un lugar en libertad. Todos los niños del barrio, muy reprimidos por familias clásicas, venían aquí a jugar.... El recuerdo que tengo de Juan es el de alguien trabajando siempre en el estudio. Un sitio prohibido, en el que a veces nos colábamos. Pero él bajaba continuamente y jugaba con nosotros; era un padre muy presente”.

Silvia certifica las palabras de Pablo: “Sí, lo de raritos es completamente así. Teníamos que callar ciertas cosas en el colegio, porque así nos lo habían advertido Juan y Adela, pero lo que más raritos nos hacía era no tener normas autoritarias en casa. Podíamos volver a la hora que quisiéramos e ir adonde nos diera la gana. Mis padres se fiaban de nosotros, tenían confianza en que sabríamos vivir y nos dejaban vivir, nos decían sus ideas y discutían si no estaban de acuerdo, pero nunca nos las imponían. Éramos muy libres, mucho.

”Recuerdo que decidíamos la organización de la casa en reuniones, lo que cada uno tenía que hacer para mantener la casa limpia, las reglas de respeto y de comportamiento y esas cosas... Pero era la teoría, luego, en la práctica se empezaba a disolver lo decidido y todo se iba hacia quién sabe dónde. Recuerdo mi niñez muy libre. Mis padres siempre nos respetaron, siempre estuvieron interesados en nuestras ideas y en nuestro punto de vista. Hubo épocas distintas, lo que recuerda Ana de que se quedaba sola fue porque nos hicimos Pablo y yo mayores, yo me fui a estudiar a Barcelona, mi hermano trabajaba, mi madre también y, entonces, ella notó mucho el vacío porque aún era pequeña... Antes habíamos estado todos muy unidos. Fueron épocas, pero, en general, hubo muchísima confianza entre todos; éramos como amigos”.

“Mi padre era, y es, muy extrovertido. Un poco incómodo, un poco gritón, con mucha personalidad, muy seductor, también con los niños; siempre tenía algo que contar”, comenta Pablo, y añade: “Era expansivo, agotador, de esas personas que no paran, siempre trabajando, siempre haciendo algo. Pero, a la vez, tenía un mundo interior muy intenso, muy cerrado. Era muy contradictorio. Por un lado, era el padre estrella, era culto; no diría que posee una cultura académica, sino más bien leída y vivida. Después, había otro Juan: el del dramatismo; era un Juan que nunca se mostraba, pero que yo siempre tuve la sensación de que existía de puertas para adentro. No en la relación con mi madre; ellos han sido casi la misma persona, siempre, siempre juntos. Eso nos daba a los hijos mucha seguridad. Aunque ser hijo de alguien tan grande es duro, has de buscar tu sitio. Tuve desde muy niño consciencia de la importancia de mi padre, porque mi infancia coincide con su época dorada. Recuerdo ir al cole, con seis años; los compañeros hablaban de tu padre y te sentías raro”.

“Sí, mi padre es el sol”, añade Silvia. “Está lleno de vida, de ilusión y de marcha, tiene un camino y va contento por él. [...] Mi padre disfruta de su tiempo y está dedicado solo al trabajo, es lo principal de su existencia. Quizá sí hubo un tiempo en que tuvimos que alejarnos unos de otros para encontrarnos a nosotros

mismos; puede ser. Ahora las cosas las ve una de distinto modo, te empiezan a necesitar más”.

“Siempre me he posicionado como la pequeña”, sostiene Ana, “porque tenía por encima a cuatro portentos. Adela, parece que no, pero, de manera distinta a Juan, es una persona muy fuerte. Juan es ‘soy el más grande’, y Pablo es muy fuerte, más calladito, pero fuerte. Silvia es como Juan. Yo a los diecisiete tenía un agobio que no podía ni respirar. Gracias a mi madre, me fui a Londres a estudiar arte, porque mi padre decía: ‘No sabemos si se le da bien...’. Mi padre solo se ve a él. Eso sí, siempre nos anima a dar nuestra opinión, siempre nos da voz, nos da el poder de decir. Pero siempre está muy ensimismado. Irme fue maravilloso, porque me liberé de estos cuatro, que me pesaban, sobre todo, Juan, porque si quieres ser artista, tenerle a él ahí...”.

“Yo nunca he sentido el peso de ninguna losa, esa presión de la que habla Ana. Quizá es más la responsabilidad de sentirse uno pleno. Quizá, ahí sí está mi padre como comparación. Ser feliz como él, quizá sea esa la mayor presión”.

“A medida que he visto que mis hijos eran tan capaces, artistas, todos con mucho sentido y amor al arte, y que le apoyaban tanto, yo me he ido retirando”, confiesa Adela. “Ha supuesto un gran cambio, incluso en nuestra relación, porque al hacerme mayor me he ido apartando bastante del trabajo diario de Juan y han ido tomando mi espacio los hijos. Ahora lo que sostiene intelectualmente a la familia son los hijos. Conmigo solo no creo que Juan hubiese podido trabajar tanto, y exponer tanto, y hacer tanta cosa. Tampoco me ha gustado mucho ir por el mundo de mujer del artista, de ir siempre de florero. Hubo una época, cuando empezó a trabajar con la galería Marlborough, en la que le acompañaba a ver al director de la galería y a las exposiciones”.

“Conservo una foto muy bonita de mi madre, en la inauguración de una exposición en Nueva York, creo que en los años setenta. Está sentada sola en un silloncito, vestida muy moderna, con los cuadros de Juan detrás, y está como esperando. Es una foto preciosa”, comenta Ana.

“Nosotros nos empezamos a interesar por el arte desde niños”,

sigue Pablo. “Recuerdo un viaje a la Documenta de Kassel de 1972, la Documenta 5, la de Beuys, que era entonces, y ahora, el certamen que marcaba la hora del arte contemporáneo. Juan dijo: ‘Tengo este cheque’, que no era mucho, no daba para hoteles ni lujos. Fuimos en tienda de campaña los cuatro: mi padre, mi madre, Silvia y yo, y dimos una vuelta a Europa. Recuerdo un día que dormimos al borde de la autopista, como gitanos del arte. Cada cuatro días cogíamos un hotel y los restantes dormíamos donde podíamos”.

“Los tres hermanos salimos habilidosos con el lenguaje visual”, afirma Silvia. “No hacemos pintura en concreto ninguno de los tres, pero hoy en día el arte ya no tiene una especialización tan determinada, puedes hacer pintura en un *show* teatral e inventar las palabras que dice un personaje disfrazado con un traje escultura. Yo me disfrazo mucho, siempre me ha gustado y trabajo en teatro o vídeo, pero siempre en lo visual. Me interesa lo que se expresa con las imágenes. También hago joyería... Mis padres quizá no estaban interesados en que fuéramos artistas, pero hicieron todo lo posible para que no supiéramos ser otra cosa”, concluye, y rompe a reír.

Ana coincide con las palabras de Silvia: “Yo, desde el principio, solo he sabido hacer arte porque estudiar no se me daba bien. El colegio no me gustaba nada; no soy académica. Volvía a casa y Juan decía: ‘Pero ¿por qué te mandan hacer eso? Eso es una tontería’. Adela, en cambio: ‘Hay que estudiar’, e insistía: ‘Hay que sacarse el título’. Pero no había manera... Yo veía las dos posibilidades, y pensaba: ‘Lo que hace mi padre es más divertido’. En su estudio aprendí técnicas y cosas, aprendí mucho. Me encantaba, pero cuando era mayorcita. De pequeña no, porque armabas líos. Lo normal para nosotros era lo del arte, lo raro para mí era el colegio. Luego, mis amigos no eran del mundo del arte y te das cuenta de que el raro eres tú”.

Es Ana, quien, casi al término de la charla, brinda otra afirmación definitiva de las relaciones internas de la familia: “Llega un momento en que la fama es ridícula. Hay personas que son mitómanas. A veces producen una sensación rara. La misión de mi

hermana y mía, más que de Adela y Pablo, es bajar a Juan del pedestal donde le pone la gente. Somos las críticas. A veces vuelve de cualquier evento a los que asiste demasiado crecido, y tiene la capacidad de escucharnos y de darse cuenta; lo sabe, pero hay que recordárselo”.

“Sí, siempre hemos hecho eso: criticar”, coincide Silvia. “Es la especialidad de la familia Genovés, pero han de ser críticas para mejorar lo que tenemos delante y, a la vez, ¡hay que ser fuerte para resistirlas y que no te tumben, eh!”. Y vuelve a sus risas.

“Juan piensa que es una suerte tener estos hijos, porque le hablan con honestidad, no como otras personas. Son muy críticos, y le ayudan en eso”, concluye Adela.

Para llegar a este punto, para que las cosas sean como son en los días en que redactamos estas páginas, hubieron de pasar muchos sucesos, muchos dolores y fatigas, que se iniciaron hace más de ochenta años. Vayamos, pues, al principio.

Juan Genovés Candel nació el 30 de mayo de 1930 en Valencia, en una muy modesta casa en la calle Finlandia, n.º 17,⁴ en un barrio a las afueras, próximo a la desaparecida estación ferroviaria de Aragón, a algunos cuarteles militares, al Estadio de Mestalla, a la Huerta y al mar.

Vino al mundo en los momentos más duros de la Gran Depresión norteamericana y la crisis económica europea, semillero de los totalitarismos que arrasaron el continente. En España, esos años de 1930 y 1931 fueron los de la “dictablanda” del general Dámaso Berenguer, que sucedía a la dictadura de otro general, Primo de Rivera –fallecido en marzo de 1930–, y también los últimos del reinado de Alfonso XIII. Como curiosidad, sabiendo la afición del artista por el fútbol, aquel fue también el año en que se disputó el primer Mundial, celebrado en Uruguay, que ganó la selección de ese país.

Su padre, Juan Genovés Cubells, era un artesano, grabador de metales y pintor decorador de muebles; su madre, María Candel Muñoz. La familia paterna era una familia obrera: el padre

trabajaba en una fábrica de muebles y su abuelo, Vicente, en un aserradero; los ocho hermanos del padre trabajaban todos en la madera y tenían una muy definida posición política, en la izquierda y, más concretamente, en el PSOE. La familia materna es de origen campesino. Su madre era la más pequeña de seis hermanos, trabajadora en el servicio doméstico hasta que se casó y, paradoja entonces común, de fuertes convicciones religiosas que ocultaba a la familia de su marido.

Al proclamarse la República, Juan Genovés padre, en su júbilo, quiso sacar a la calle a su pequeño de apenas un año, para que, en sus propias palabras, “viese la alegría de los trabajadores”. La madre, horrorizada ante la amenaza de la quema de iglesias, se lo impidió. No pudo convencerlo, sin embargo, de que no diese clases en la Casa del Pueblo, a la que acudía casi todos los días tras el trabajo a impartir a los obreros clases gratuitas de cultura general y de dibujo. No le arredraron siquiera las primeras dificultades económicas que empezó a sufrir la familia, ni las quejas de María, que no entendía por qué trabajaba gratis.

El matrimonio tuvo otros dos hijos: Eduard, nacido en 1933, con ciertos problemas de salud –el propio Juan padece de sonambulismo desde la niñez–, y Palmira, nacida en 1938, en plena Guerra Civil.

Entre sus primeros recuerdos, Genovés escribió en un cuaderno de notas: “el álbum ‘precioso’ de colores, los cromos de chocolate Nestlé, el osito amarillo con funcionamiento de cierta música al apretar la tripa. Riñas de perros observadas desde el balcón. Multitud, apreturas observadas desde dentro y arriba de los hombros de su padre (¿entierro del escritor Blasco Ibáñez?). Grecas de colores en las baldosas del suelo, a través de un pasillo larguísimo, interminable (cinco metros en realidad)”.

En un manuscrito relativamente reciente, Genovés ha recogido algunas notas autobiográficas, que tienen, a nuestro modo de ver, mucho interés tanto por lo que suponen de indagación en la memoria propia y de revelador de ciertos momentos cruciales de su infancia como por su indudable calidad literaria.

Así, apunta un primer recuerdo infantil en el que se revela su

germinal mirada de pintor:

La luz resbalando por los azulejos, muy brillantes, del suelo producía un contraluz deslumbrador desde el fondo del pasillo, largo y oscuro. En la penumbra de aquel corredor el reflejo brillaba por contraste muy potente. La claridad reflejada venía a mí como un primer término, dejando el resto del espacio en su lobreguez y su misterio.

Quizá sea este uno de los primeros recuerdos que me vienen a la cabeza, aquello lo observaba y razonaba (quizá gateando por el suelo) con mente de pintor. ¿Es posible que entonces fuera así o quizá la memoria lo enmascara y lo traduce con mi pensamiento actual? (¿o tal vez fuese como lo recuerdo ahora?). Quizá los niños no sean tan simples como creemos los adultos, el hecho de no poder expresarse con palabras no quiere decir que no reflexionen con mucha mayor profundidad de la que nos imaginamos.

Mi hermano Eduardo nació tres años después que yo y en estos recuerdos que estoy intentando reflejar aquí, aún no había nacido, luego yo tenía menos de esa edad. Distingo muy bien, en mi memoria, cuando estaba solo en ese mundo de niños y cuando vino la compañía de mi hermano. Es una sensación especial que no puedo describir pero que tengo presente. No sé hasta dónde se podrían describir con palabras estas sensaciones tan sutiles. Siento mi limitación para expresarme. Los recuerdos están envueltos en aromas y en sonidos dentro de otra dimensión y soy incapaz de llegar hasta ahí con la palabra escrita, no soy un escritor y me he metido en este lío laberíntico literario. Todo es tan subjetivo. Creo que las palabras estarían a un 50% del pensamiento ideal del escritor, la otra mitad le corresponde al lector que puede leer entre líneas lo que su imaginación pueda sugerirle sobre lo que está escrito. Me consuela que como lector puedo también percibir estas limitaciones hasta en los grandes profesionales de la escritura. [...]

Aquel pasillo está unido a mis primeras sensaciones. A un lado

una larga pared, sin puertas, al otro todo eran puertas, tres o cuatro, entre las que estaba el terror del 'cuarto oscuro' en el que no me acuerdo que me hubiesen encerrado nunca, pero al menos sí me debieron de amenazar más de una vez con hacerlo, estaba más tranquilo cuando lo veía con la puerta cerrada. De arriba abajo de aquel corredor debí organizar mis incursiones con pasos vacilantes o a gatas, con mis trastos, juguetes y pelotas todo el día. Al fondo del mismo clareaban los cristales translúcidos de la puerta del dormitorio de mis padres y al otro lado, de espaldas adonde me estoy situando con la memoria, estaba el comedor. Recuerdo la sólida mesa grande, vista corrientemente (para mí entonces) desde el suelo y debajo de ella, los remaches de madera pegados toscamente como piezas agregadas y fijadas con enormes tornillos, la calidad de la madera desnuda con las cabezas de los tornillos. La mesa, vista por fuera, brillante de pulimento o lacado y, mirada desde abajo, la de los toscos tornillos. La chapuza interior. El revés del mundo, lo que se supone que nadie ve. A mí me impresiona esto. ¿Es posible a los tres años? Es como lo recuerdo, debajo de esta mesa también me hacía pensar mi osito amarillo, lo recuerdo de aspecto peculiar sobre todo con la característica de su tripa verdaderamente inquietante, allí se hacía notar como un óvalo rígido que no correspondía con su anatomía ni por su forma, ni su tacto, pues se trataba de un cuerpo duro, posiblemente de madera, con el borde ancho, cubierto por el peluche. Cuando se apretaba aquella protuberancia, sonaba una musiquilla, pero se debía seguir todo el tiempo con apretoncitos sucesivos para que el suceso tuviera continuación y poder oírla entonces hasta el final, lo cual era un fastidio. Mi obsesión por escrudiñar de una vez el mecanismo interior no tenía límites, pero era cobarde, no me atrevía a romperlo. Me contaron que al fin lo hice, pero es curioso, de esto no me acuerdo, a pesar de que debió de ser un hecho trascendente de una felicidad maravillosa, ¡qué ingrata memoria!

Deslumbrante, literaria y emocionalmente, es el retrato que traza de su padre:

Un auténtico reto tratar de desentrañar el recuerdo de un ser tan entrañable que conocí y pude desconocer durante tantos años. Que he visto envejecer hasta su desaparición, en tantos y tantos momentos diferentes; en ocasiones tan diversas, íntimas, cotidianas y también extraordinarias. Dudo. Quizá el sistema de 'representación' sería narrar momentos que se repetían como calcos. Describir su monotonía, costumbres rutinarias. Silencioso y contenido, aunque de tiempo en tiempo tenía sus catarsis e intentaba romper y cambiar su pequeño y limitado mundo. Como un canario poniendo orden en su jaula. De pronto cambiaba la posición de todas las cosas de la pequeña habitación llamada 'sala' (su jaula), que le pertenecía solo en parte. Disponía de una mesa llamada escribanía con dos amplios cajones cerrados con llave y un flexo con la luz, la silla de madera cuadrada en forma de cuatro, la librería y encima de ella la radio. Arriba de esta librería (una simple estantería), en lo alto sobre la pared: el reloj con su fuerte tictac y sus horas sonoras de campanadas rotundas las veinticuatro horas que oía toda la vecindad. A este reloj le daba cuerda dando vueltas con una llave como una ceremonia religiosa todos los sábados por la mañana. Se subía a su silla después de poner un paño para no ensuciarla y empujando de pie: rac, rac..., crujía la llave a cada vuelta. 'Está el papá dando cuerda al reloj'. Sobre la pared había, además, tres cuadros, dos alargados en tonos azules, de temas griegos clásicos y la 'mora'. En el suelo una papelera de alambre. De la misma habitación no le pertenecían la mesa camilla, tres sillas más y las macetas del balconcillo, que eran propiedad materna, así como el resto de la casa. Nunca se cambiaba nada de sitio, salvo cuando a mi padre le entraba 'la catarsis' (cada dos o tres meses). Nos levantábamos por la mañana, una revolución total, todas las cosas cambiadas de sitio, excepto el reloj, que era inmutable. Me maravillaba su derroche de imaginación para colocar de otra manera sus

cuatro cosas. Él se sentía orgulloso y nosotros asombrados con cierta admiración. Se ponía a silbar música de zarzuela (silbaba muy bien) o a canturrear (también lo hacía muy bien) piezas de operetas decimonónicas que entonaba a media voz. Sin molestar, sin imponer, mantenía sus rutinas imperturbables, sorteaba las puyas de mi madre, siempre provocativas hasta cierto punto, cuidadosa de no pasarse, él seguía la vida como un barco de vela con discreción pero con su rumbo.

Era un aristócrata de izquierdas hasta la médula en su pensamiento y elitista en sus hechos. Su pequeño y solitario mundo le separaba del entorno social en que vivíamos. Nunca le vi tratar con la gente del barrio, se escurría siempre con algún comentario gracioso de todos con lo que se encontraba, tenía mucho ingenio para el humor zumbón valenciano. No le vi jamás entrar en el bar y alternar con nadie. En el taller se llevaba bien con todos, pero aislado, solitario, sin drama, con elegancia. Diplomático, con enorme sentido común esquivaba las ocasiones que pudieran comprometerle con algo que pudiera estorbarle en sus rutinas que le ocupaban todas las horas de día.

Claro está que no le conocí en su juventud, ‘sus años de gloria’, solo por referencias. Él contaba sus aventuras de joven de tal manera que no me creía nada. Me daba cuenta de sus exageraciones, era como si hablara de otra persona. Quizá la persona que le hubiera gustado ser. Todo eran éxitos y felicidad en sus relatos. Eso sí, no le cogí en ninguna mentira, las anécdotas las contaba siempre igual a través de los años, siempre fiel a sus mitos. Su juventud era su mito, y Valencia y sus grandes hombres: Sorolla, Benlliure y Blasco Ibáñez, su trinidad. Aparte de ellos, Pablo Iglesias y Charles Darwin (*La selección de las especies*, su biblia). Estaba también Víctor Hugo, que tenía que haber sido valenciano. Qué pena, una desgraciada mutación de la naturaleza.

Con la religión parece que no tuvo ningún problema. Simplemente, no era. No criticaba, no opinaba. A mi pregunta de niño: ‘¿Existe Dios?’, respondía: ‘Unos dicen que sí, otros

que no. Tú verás, piénsatelo’. ‘Pero ¿y tú crees?’, insistía yo. ‘Por ahora creo que no’, respondía con su calma habitual.

En otro momento de nuestras entrevistas, el pintor evoca sus primeros contactos con lo que denomina “la pintura viva”: “Mi padre trabajaba en el taller de su hermano Vicente. Era un taller mediano, con unos diez o doce operarios. Eran como una familia, y estaba a dos pasos de mi casa. Fabricaban muebles infantiles plegables, desmontables, cunitas que se plegaban y se podían guardar cuando no se usaban, parquecitos, mesitas, sillitas, todo de madera y algunos artilugios metálicos, que también fabricaban ellos. Mi padre era el decorador y sobre los muebles, esmaltados de azul o rosa, claro está, inventaba personajes de Walt Disney, sobre todo, y también animalitos y cositas para niños y niñas. Tenían mucha demanda de toda España y el taller funcionó con éxito hasta la llegada de los plásticos y las técnicas en serie de los años sesenta. Desde muy pequeño, a veces ayudaba a mi padre. Allí aprendí a manejar la pintura viva. Los esmaltes brillantes y los trucos técnicos de los que se valía eran originales y me divertían”.

Le pedimos a Juan que trace un retrato de su madre semejante al de su padre, y escribe:

Mi madre se bajó de su pueblo, Casas Altas, en plena sierra de Ademuz, a Valencia cuando tenía solo trece años con la intención de conseguir un trabajo de sirvienta, igual que tantas niñas lo hacían en su pequeño pueblo, donde todo el mundo emigraba hacia las ciudades.

Consiguió el trabajo con tanto afán que fue durante toda su vida ‘sirvienta de vocación’. Mi madre era una sirvienta.

De su pueblo se trajo una fe católica, apostólica y romana a prueba de bombas. Una fe sencilla y luminosa. Creía convencida en la liturgia íntegra, excepto en curas y en obispos; a excepción del papa de Roma, todos los demás eran vagos y malas personas, de lo peor.

En su empleo de Valencia conectó con lo más rancio y selecto de la burguesía valenciana. A sus señoras, señores, señoritos y

señoritas los adoró toda su vida, como a sus santos y vírgenes. Y, claro, cuando se encontró con mi padre lo elevó a un nivel supremo. Era su ídolo. A pesar de que nunca pudo convertirlo a su fe.

Tenía mi madre un sentido común fuera de lo corriente. Conectaba con todo el mundo con naturalidad, sencillez y dulzura, intentando servir, ayudar, acompañar. La señora María, mi madre, era famosa en todo el barrio. ‘¡Señora María!’, se oía gritar por cualquier sitio. Alguien le consultaba o le pedía algo, allá iba ella a servir.

Si mi madre hubiese sido rica, se hubiera arruinado de seguro. Porque sí, por conexión social e incluso física, por igualación de los vasos comunicantes.

Pero al fin el sentido común venció a su fe inquebrantable (cuando estos dos sentidos se funden, mala cosa para la religión romana). Unos años antes de su muerte tuvo un ataque cerebral que la dejó maltrecha, paralizándole parte de su cuerpo. Cierta día me llamó a Madrid y me dijo que necesitaba que viniese a Valencia para algo importante.

–Tengo que aclararme con la Virgen y quiero que vengas tú de testigo y me des valor.

Así lo hice y la llevé a la iglesia de la Virgen de los Desamparados. Ante la imagen nos arrodillamos y estuvo a mi lado largo rato concentrada. Al fin se levantó decidida, llena de coraje y me dijo:

–Ya está, ya le he dicho lo que le tenía que decir, vámonos. Se lo he razonado con buenas palabras, que no es justo lo que ha hecho conmigo, yo que le he obedecido, he sido su esclava toda la vida y al fin, así me lo paga. Ya está, ya se lo dije y tú lo has visto.

‘Qué raro’, pensé. Sentí un pequeño desconcierto, pero le dije que había sido muy valiente, y así lo sigo pensando ahora.

Mi madre era suavísima, pero muy fuerte de carácter, y desde mi recuerdo la admiro.

Pablo Genovés evoca, también él, algunos de sus recuerdos

familiares: “Cuando íbamos a Valencia, íbamos a casa de mis abuelos. Ya no existe. Era una casita en la que Juan vivió muchísimos años. La recuerdo como un sitio maravilloso. Mi abuela era una mujer totalmente amable, cálida, mediterránea; era toda paz y amor; y mi abuelo coleccionaba cosas; todas esas cosas que mi padre pone en los cuadros,⁵ en el fondo, vienen de las colecciones de mi abuelo. Él recolectaba cosas por la playa, por todas partes, lo hizo toda la vida. A sus nietos nos decía que eligiésemos una de sus ‘joyas’, abría una especie de mesa grande y aparecía un sinfín de objetos. Era un hogar de amor, esa solidez de nuestra familia viene de ahí.

”Ahí Juan se hizo pintor, en ese piso tranquilo donde entraba la luz; abajo estaba el mercado, y una placita; tiene cuadros de ese lugar. Te levantabas por la mañana y oías el bullicio de la gente; era la comida valenciana, las verduras, todo eso, los guisos de mi abuela; era una cultura que tenía esa sutileza. Todo eso viene de esa vida, eso no viene de Castilla. Toda esa sutileza yo creo que viene de esa casa. Recuerdo el reloj de péndulo, ese tictac... Era pequeña, pero allí todo era amor, armonía. Aunque eran pobres, eran felices. A mi abuelo le decían ‘el marqués de la campaneta’. Era una especie de marqués, siempre con su cervecita, sus cositas como de artista; él también pintaba, pero se había encontrado en la playa un corchito, con no sé qué cosa. Tenía una sensibilidad... Te decía: ‘Mira lo que he encontrado’, y sacaba una cosilla... Y Juan pone esas cosas en sus cuadros.

”Una anécdota de mi abuelo: vino de visita a Madrid, yo debía de tener como diecisiete años, y habíamos comprado la enciclopedia Salvat. Él se puso a leerla, por la letra a, y decía: ‘Pues no sé cuándo me voy a ir. No me voy hasta que no me lea la enciclopedia’. Estuvo en casa como un mes y, cuando llegó a la uve doble y a la zeta, se piró. ‘*Me’n vaig*’, decía en catalán. Se la leyó entera; era un personaje que leía con avidez. De ahí viene Juan”.

Tocamos un aspecto más delicado al recordarle a Pablo un comentario de su padre surgido en una charla anterior, en la que afirmaba que sí, que su padre, que también pintaba, había tenido

una gran influencia en él, pero que, a la vez, se decía a sí mismo: “No voy a ser un fracasado como él, yo voy a salir de aquí”. El comentario nos extrañó, porque todos los demás que había hecho eran tiernos y cariñosos. Pablo nos responde que lo que ocurría es que, por la generosidad de la familia para con él, como veremos en el capítulo siguiente, encarnada en actuaciones de su madre y su hermano pequeño, “Juan no podía defraudarles”.

Adela interviene: “Quiero hacer hincapié en que Juan, desde la infancia, soporta encima un peso de responsabilidad enorme, porque procede de una familia pobre, amante del arte sin embargo, que puso todas sus ilusiones, como ocurría con los toreros entonces, y ocurre ahora con los futbolistas, en un chico con facultades, inteligente, decidido a dedicarse a la profesión de artista, y le animaron y le ayudaron, y le protegieron mucho su madre y sus hermanos; su padre no tanto, era más egoísta y lo que quería era que hubiese traído un sueldo a la casa.

”Esa carga la lleva siempre encima, la llevó durante toda su juventud y la lleva todavía ahora respecto a la familia. Su hermano Eduard se habría tenido que poner a trabajar igual, porque el destino de todos era el trabajo, pero a lo mejor hubiera podido hacer algún estudio, porque a Eduard también le gustaba dibujar y habría podido, a lo mejor, hacerse delineante. Pero era una familia necesitada del sueldo de los hijos. Eduard daba la mayor parte de su sueldo a sus padres, para él se quedaba muy poco. Juan se sentía siempre muy responsable. Vino a Madrid, lo que fue muy bueno para él, porque si no hubiera acabado haciendo un trabajo remunerado. Se le daba muy bien pintar abanicos o fallas o lo que fuera... Tiene esa responsabilidad de alcanzar el éxito en el trabajo, porque los demás habían puesto mucho en él”.

Siendo Juan muy pequeño, la familia se trasladó a vivir a la calle Naturalista Rafael Cisternes, n.º 10, mucho más próxima a Mestalla. En aquella casa, un cuarto piso, desde el balcón se podían ver los partidos que se jugaban en el estadio. Los domingos acudían los amigos del padre y Juan los veía con ellos. Allí nació su afición y su fidelidad al Valencia Club de Fútbol. El campo de Mestalla se había levantado en 1923 e inaugurado en

mayo de aquel año, y el club ascendió a la primera división en marzo de 1931. Curiosamente, uno de sus primeros ídolos llevaba el apellido Cubells, el segundo apellido de su padre. Aún hoy, transcurridos tres cuartos de siglo, Juan sigue acudiendo cada quince días a Mestalla, viaja desde Madrid hasta Valencia y en el estadio se reúne con su hermano Eduard, igual de aficionado que él.

Sin embargo, en sus apuntes autobiográficos, Genovés ofrece una versión de aquella casa más agónica que feliz:

El comedor daba su salida a la *galería*, que era como se llamaba entonces el balcón de la parte de atrás de las casas: una gran balconada abierta al exterior donde se solían poner los trastos, tender la ropa, etcétera. Su barandilla era de hierro fundido con barrotes cuadrados, a ellos me agarraba yo como un preso añorando su espacio de libertad, mirando a la calle desde mis alturas (de un cuarto piso) debía de pasar allí las horas muertas mirando los espacios, para mí infinitos. Mi vista más inmediata, y debajo tenía el campo de fútbol de Mestalla. El graderío entonces era mínimo, dos o tres gradas de madera, y se podía contemplar casi toda la superficie del césped y el corretear de los jugadores en sus entrenamientos diarios. Cuando había partido, mi casa se llenaba de gente. Aquello me daba mucho apuro, acostumbrado a la soledad y la calma habitual. Mi recuerdo es confuso, tenía la sensación de no entender nada y ganas de desaparecer; creo que me escondía por cualquier rincón. Según me contaron, acudían a mi casa los días de partido los amigos de mi padre y la numerosa familia para ver gratis el fútbol. Aquellos ‘lentos’ me cohibían y mi confuso recuerdo es desagradable. Más allá del campo de fútbol, recuerdo los campos de la huerta y al final de todo el azul y el brillo del mar lejano, inalcanzable.

Eduard, por su parte, dice que Juan era más futbolista que él y que incluso jugó mientras hizo el servicio militar. Y recuerda cómo, sirviéndose de una barra de hielo cargada al hombro, se